EL LIBRO DE LA SEMANA

Gracq sin coturno

El retrato, el apunte polémico, una nota de lectura o la evocación de un paisaje. Todo cabe en esta deslumbrante obra que huye del aforismo y la máxima moral

Capitulares
Julien Gracq
Traducción de María Teresa Gallego
Días Contados. Barcelona, 2012
175 páginas. 13 euros

Por **Vicente Molina Foix**

Julien Gracq visto por Sciammarella.

SE TRASLUCE EN este libro que a Julien Gracq le gusta el juego de las tipologías de escritores; en uno de los más ingeniosos los separa en miopes y présbitas, siendo los primeros, entre los que sitúa a Huysmans, a Colette y a Proust, "aquéllos en quienes incluso los objetos menudos que están en primer plano *salen* con nitidez a veces milagrosa [...] pero en los que falta cualquier lejanía". Frente a ellos, sufriendo de presbicia, "los que no saben captar más que los movimientos de envergadura de un paisaje", Tolstói o Chateaubriand, por ejemplo. En otra división no menos ocurrente distingue a "los que se levantan por la mañana y echan a andar sin más, sin calzarse (Diderot, Stendhal), y los que, incluso sin darse cuenta, se atan los coturnos como en un movimiento reflejo (Hugo, Claudel)". Gracq nunca se incluye, naturalmente, en esas ligas literarias, tan afrancesadas, pero da pistas para que sus lectores lo hagamos por él; la cadencia de su pisada no es griega, y hay en la propia lengua francesa muchos con más dioptrías. Pese a ello tampoco le pondría yo en la categoría que él mismo parece indicar como la más equilibrada: "Pocos son los escritores que dejan constancia con la pluma en la mano de una visión absolutamente normal".

La *anormalidad* expresiva de Gracq ha dado algunas de las más grandes novelas del siglo XX, pero en *Capitulares (Lettrines* en el original) el prodigioso estilista se muestra a sí mismo en el taller, con el coturno aflojado en caso de llevarlo, y compensando la ausencia de la ficción con el regalo del pensamiento y, no pocas veces, de la malicia. Compuesto de las entradas hechas regularmente en unos cuadernos escolares de tapas negras a partir de 1954, seleccionadas por el propio autor para su publicación en 1967, este primer tomo de *Capitulares* (el segundo, que compendia lo escrito entre 1966 y 1973, seguirá dentro de un año, anuncia el editor) huye del aforismo y la máxima moral, tan acreditada en la tradición francesa, buscando más el módulo del diario de libre invención, en el que tanto caben el retrato, la nota de lectura, el apunte polémico, como la evocación del paisaje o el hecho ocasional; con uno de ellos, la visita al Museo del Oro de Bogotá, empieza el libro de modo deslumbrante, fascinado el viajero con las lamas del metal en su balbuceo previo a la conversión en rica joya: "Aquí sorprendemos el oro antes del toque de la varita mágica, cuando no era aún sino un pecado venial de la metalurgia".

Los amores y el desdén (por la ciudad de Lyon, por el poeta Louis Aragon) también figuran, como no podía ser menos; el amor a Julio Verne, entreverado con la nostalgia del descubrimiento infantil de sus novelas (a las que confiesa volver a menudo en la edad adulta) y con Nantes, ciudad natal del autor de *Las aventuras del capitán Hatteras*, que Gracq destaca como su obra maestra, disculpando las chapuzas del gran novelista de aventuras como los asomos inevitables de un "primitivo". Son penetrantes los pasajes sobre las gloriosas ocultaciones de la literatura (páginas 132-133), sobre Hemingway, sobre "el buen humor feroz" de Marx en una admirativa relectura de *La lucha de clases en Francia* y *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, y, de modo incitador, la alusión a la "extraña carencia de argamasa" que ve como la laguna más aparente o el atractivo más peculiar de la prosa de Flaubert: "Entre los bloques angulosos de sus párrafos la uña se topa con el vacío: no hay cemento en los intersticios, no se ha dado una segunda lechada" (página 72; cito siempre por la excelente traducción de María Teresa Gallego Urrutia). Como retratista, Gracq sabe ser sublime y picante en la memorable semblanza de la actriz Marguerite Jamois, cuyas álgidas relaciones con el teatro eran "no las del virtuoso con el instrumento, sino más bien las de una buscona con la cama".

Abundan en el libro, y son todos de una alta calidad, los cuadros paisajistas, enaltecidos siempre los fundamentos del geógrafo profesional que era Gracq por la hermosa palabra lírica. Las ciudades bretonas, los campos de Verdún, las aldeas y los castillos, adquieren, bajo su mirada, un grosor más de relato que de estampa. A España le dedica dos subfstanciosas tiradas, que están entre lo más agudo de *Capitulares*, hablando desde luego de un país más negro que el de ahora, en el que los pueblos castellanos tenían, antes de la burbuja, "la tierra desnuda como una piel sarnosa, como si a la tierra, al rascarla, acabasen de arrancarle una postilla". Y tiene Gracq un gusto radical y bastante irónico para la arquitectura patria: le gustan las verjas que todo lo acotan, los ladrillos color de sangre seca de las plazas de toros, "que no disfrazan en modo alguno sus deliciosos accesos de matadero", y le horripila el Escorial, "un cuartelillo de bomberos más grande de lo habitual". •

La calma que precede a la corrupción

La muerte del corazón
Elizabeth Bowen
Traducción de Eduardo Berti
Impedimenta. Madrid, 2012
408 páginas. 23,95 euros

Por **José María Guelbenzu**

TODA LA SOLIDEZ de la tradición de la novela inglesa impregna este libro. Elizabeth Bowen es estricta contemporánea de Ivy Compton-Burnett, Graham y Henry Green o George Orwell, entre otros distinguidos autores británicos de la primera mitad del siglo XX. De sus novelas sí puede decirse que están escritas desde un punto de vista femenino: su escritura lo agradece mucho. Su maestría en la descripción, tanto del escenario como de los sentimientos, es extraordinaria; por ella llega al centro mismo de la personalidad de sus personajes. Su tema favorito es el de la corrupción de la inocencia y en esto concuerda con Henry James, pero su acercamiento a la historia narrada no tiene la distancia que impone el maestro sino una sutil cercanía que la convierte en una excelente creadora de atmósferas. El crítico Edward Sackville-West dice de ella que "es experta en transmitirnos la calma fatal con la que (...) la heroína espera que algo suceda".

Portia es una muchacha de 16 años, hija de un segundo matrimonio de su padre, que a su vez lo es de Thomas Quayne, un próspero profesional que la acoge en su casa a la muerte de la madre de Portia. Ella ha vivido siempre en precario, pero cuando queda sola el viejo padre la envía con su hermanastro para que conozca una vida más estable y acomodada. Thomas está casado con Anna y ambos llevan una vida espiritual y emocionalmente estéril. Portia descubrirá pronto el vacío y falsedad de ese mundo, pero, perdida en él, busca apoyo; para su mal, éste vendrá de la mano de un petimetre inconsciente y alocado que mantiene una relación ambigua con Anna y entre todos le mostrarán la mediocre crueldad de esa vida inútil de conveniencias y falsedades sociales que quebrará la inocencia adolescente de Portia. Las dos únicas personas capaces de ser honestas y afectivas con Portia, la gobernanta Matchett y el comandante Brutt, coincidirán impotentes sobre ella para mostrarle su pesar sobre la imposibilidad de un final feliz.

La escritura de Bowen —muy bien ofrecida por el traductor, Eduardo Berti— se apoya, como dije antes, en la descripción. La mirada de la autora posee una agudeza y una sensibilidad excepcionales que le permiten, de una parte, acertar en los detalles, muy bien elegidos, siempre significativos, y en los retratos de personajes; y de otra, hacerlos fluir a lo largo del texto por medio de imágenes literarias de una belleza, precisión y autoridad realmente notables. Con todo ello, Elizabeth Bowen va creando un clima denso que posee la calidad y exquisitez de un refinado y hermoso bordado que muestra al hilo de las secciones (las secuencias) que van construyendo el rico y compacto conjunto en que se desarrolla y resuelve el tema central de la novela.

El final de la novela es abierto y cerrado. Cerrado sobre la pobre Portia y abierto en cuanto que no concluye sino que lo deposita en la imaginación del lector para que éste lo haga efectivo a su criterio. Quizá sea la mejor novela de la Bowen, pero hay otra editada en nuestro país que no la desmerece en absoluto: *La casa en París* (Pre-Textos, 2008). •

Printed and distributed by NewspaperDirect
www.newspaperdirect.com US/Can: 1.877.980.4040 Intern.: 800.6364.6364
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW